

LEÓN ARSENAL



EL
HOMBRE
DE LA
PLATA

TRAS LOS TESOROS
DE TARTESSOS

TRAS LOS PASOS DE TARTESSOS.

León Arsenal pone nuevamente de manifiesto su talento para la creación de tramas de aventuras con esta nueva versión de su novela EL HOMBRE DE LA PLATA, una obra situada en el siglo VI a. C. en el sur de la península Ibérica, donde florece la legendaria cultura de Tartessos. Con esta nueva versión ampliada, como explica el propio autor en el prólogo, cierra algunas brechas narrativas de la primera edición y pule ciertas cuestiones de estilo que contribuyen a hacer de esta novela una obra redonda.

El saqueo de la tumba de un noble, con el hallazgo de una enigmática pieza de plata, es el desencadenante de esta aventura en la que la acción y la intriga se alternan a medida que se avanza en un espectacular recorrido por el Mediterráneo occidental.

Tartessos sigue siendo hoy una cultura mítica y legendaria, envuelta en el misterio y de la que muchos aspectos permanecen en la sombra, por lo que es un espacio idóneo para que un autor con el sentido de la aventura, como León, desarrolle su trama.

A mis padres, por supuesto

NOTA DEL AUTOR

Hay casi diez años entre la primera versión de *El hombre de la plata* y esta segunda que ahora tienen en las manos. Y una década, en algo así, puede ser una gran brecha. En este caso, a la distancia temporal, se une que fue la primera novela que publiqué y que, tras ella, ha visto ya la luz casi una decena de otras obras, de narrativa en su mayor parte. La persona que se sentó hace unos meses a revisar este texto era alguien muy distinto al que le puso el último punto y final al manuscrito, en 1999. Así que a nadie le parecerá disparatado que, tras leer unas páginas por primera vez en años, mi primer impulso fuese el de reescribirlo todo, de cabo a rabo.

Primer impulso que no era sino un arrebató. Un poco de reflexión me hizo entender que hacer tal cosa sería un error. Ciertó es que, con el paso del tiempo, libro a libro, uno gana en experiencia y suma recursos, soltura. Si no es así, por muy mal camino vamos. Es normal que uno haga uso de esa ganancia cuando revisa sus antiguos libros. Es acertado corregir, aplicar soluciones a ciertos puntos que ahora no nos satisfacen, dar algo más de lustre al acabado final.

Pero rehacer es un fiasco. Es injusto. Al cabo de los años, uno es una persona distinta. Otro escritor, casi. Uno cambia y los enfoques también lo hacen. Si en otra época tal vez estaba más interesado en la acción, puede que ahora lo esté en la creación de atmósferas o en recrear, el interior de los personajes. O puede que sea al revés. Es tan so-

lo un ejemplo. Pero lo cierto es que existen tantos planteamientos como escritores, todos válidos por igual, y que incluso para una misma persona varían con el paso del tiempo. Todo responde al momento concreto, a la peripecia vital y a la evolución como escritor.

Visto desde esa perspectiva, irrumpir en una novela escrita hace diez años sería casi como hacer el refrito de la obra de otro autor. Al revisar *El hombre de la plata* he querido respetar las ópticas narrativas que tenía entonces y que no son las mismas que ahora. Ni mejores ni peores, sino distintas. Así que, a la postre, aparte de una corrección de estilo, me he limitado a introducir unas pocas escenas más, para cerrar alguna brecha narrativa de la primera versión. Eso es todo, y creo que ha sido lo mejor. Ahora no escribiría la novela tal como la escribí hace diez años y, dentro de otros diez, lo haría de una tercera forma.

En cuanto al relato en sí, se desarrolla en el siglo VI a. C., en el sur de España, donde entonces se asentaba Tartessos, el primer Estado de nuestra historia, real y legendario a la vez. Real porque los griegos nos dieron noticia de él en su día y, en nuestros tiempos, la arqueología corrobora la existencia de una cultura pujante en aquellas tierras. Legendario porque ya los griegos dotaron a ese imperio y a sus reyes de una aureola, de un mito de civilización, longevidad y opulencia que sobrevivió en la imaginación colectiva al final del estado.

No nos han llegado crónicas sobre Tartessos. Sí referencias griegas y algunos mitos relacionados con sus reyes: Gargoris y Habis, Gerión, el longevo Argantonio. Con tan poco material, casi todo lo tocante a ese imperio fabuloso está sometido a discusión. Y ya he comentado en algún otro prólogo que, a mi juicio, la misión de un escritor, en una novela histórica, es la de jugar con lo conocido y sacarle jugo literario, no el de hacer tesis en historiografía.

Por ejemplo, sobre la misma ciudad de Tartessos existen toda clase de opiniones: se han postulado distintas ubica-

ciones posibles o incluso que la urbe nunca existió como tal. Al situar Tartessos en lo que ahora es Doñana, o al presentar sus barrios en la novela, yo no me inclino por ninguna de las teorías; entre otras cosas porque, no siendo especialista en el tema, mi opinión en tal sentido es irrelevante. Elijo lo que más me conviene en el aspecto dramático. Eso es todo. Lo otro, vamos a dejárselo a los que de verdad saben.

En todo caso, las especiales circunstancias me dieron bastante libertad a la hora de escribir. Como en toda novela histórica (protohistórica, dirían los ultrapuristas, dada la ausencia de crónicas antes citada), he procurado ceñirme a lo que sabemos sobre cultura, armamento, fronteras y pueblos limítrofes. También a las relaciones entre tartesios, fenicios y griegos, tan turbulentas como interesantes, así como a la situación geopolítica de la época, que permitió la forja del imperio y que, en último término, acabó por destruirlo.

Con esa situación quise jugar a la hora de escribir la novela. También con ese universo pasajero que se creó en las costas españolas en esos siglos, hecho de indígenas, pueblos mestizos, colonias, mineros, comerciantes, exiliados, que no deja de recordar a la América del siglo XVI y en la que no faltaron sus propios El Dorados. Leyendas sobre reinos felices pavimentados de plata y rebosantes de riquezas sin cuento, aguardando a un tiro de piedra de las playas y que, en su día, movieron hacia el occidente a griegos, fenicios y otros habitantes del Mediterráneo Occidental. Quizá porque, como seres humanos, nuestros motores siempre han sido los mismos y así volvemos, en todo, una y otra vez a los mismos temas.

Octubre de 2008

0

† 9 ◊ † ㄱ † †

Sólo al final de la batalla, los observadores fenicios, que hasta ese momento habían guardado una distancia prudente, apostados en lo alto de un cerro próximo, se atrevieron a bajar al campo. Había armas de bronce y hierro por todas partes, así como gran número de cadáveres traspasados por lanzas. Los cuervos acudían ya a posarse en los muertos, entre graznidos, y el viento arrastraba torbellinos de hojas muertas, agitando los mantos de los guerreros tartesios. A veces alguna ráfaga llegaba desde el sur, llenando el aire de aromas marinos.

Los árboles se mecían susurrando, nubes de lluvia, oscuras e hirvientes, volaban por el cielo de la tarde y se veía pasar a las formaciones de aves contra el azul, aleteando rumbo a África. Los vencedores danzaban y gritaban entre los herbazales pisoteados, y los había que despojaban ya a los caídos mientras personajes lúgubres de mantos blancos y rostros pintarrajeados recorrían el campo con hachas entre las manos, dando el golpe de gracia a los moribundos.

Los fenicios iban de un lado a otro, atentos a los detalles y comentando entre ellos, rodeados siempre de sus mercenarios griegos. Unos pocos grupos de vencidos aguantaban obstinados al borde del campo de batalla, blandiendo armas con gran griterío. Pero eso no era más que un gesto final de los últimos, los más fieros, antes de retirarse. Porque habían sido derrotados en combate, sus fuerzas estaban dispersas e incluso su caudillo había caído. Y nada de eso tenía ya remedio.

Casi todos los fenicios allí presentes procedían de Tiro, la gloriosa, y habían querido conocer la forma de guerrear de los pueblos del lejano Occidente. Y si algunos, testigos de tremendas batallas en Asia, movían la cabeza al comparar a esos ejércitos tribales con la infantería, los arqueros, los carros de los imperios orientales, otros quedaron impresionados ante el colorido y la furia desplegada en la batalla. Ni unos ni otros, empero, habían sabido ver más allá de la vorágine de bailes, desafíos y luchas, ni descifrar el maremágnum de guerreros que avanzaban y retrocedían sin cesar, como las olas, entre gritos y agitar de hierros.

Pero no así Magón. Nativo de Gadir, había navegado por esas costas y recorrido los caminos del interior. Hablaba las lenguas indígenas, estaba familiarizado con sus costumbres y pocos fenicios como él, pese a su juventud, conocían tan bien la madeja política del imperio tartesio. Había acompañado a los tirios hasta el campo de batalla, tanto para hacerles de guía como por servir a su ciudad natal, y allí donde ellos no vieron sino torbellino y confusión, él había leído tan claro como un augur en las entrañas de las víctimas.

Había seguido de lejos la batalla, como un halcón atento, estudiando las maniobras de los distintos contingentes tribales, así como las actitudes de los reyezuelos y los jefes presentes. Había ponderado su entusiasmo o la falta de él, el brío con el que habían entrado en liza o la facilidad con que cedieron ante el enemigo. Porque todo eso eran como

las señales del clima, signos que podían servir a los fenicios de Gadir para navegar las turbulentas aguas de la política indígena.

Caminando junto a los demás, con su manto estampado y su gorro cónico, había dejado ir los ojos por el campo, sin rumbo, y, viendo la cosecha de cadáveres y las columnas de prisioneros maniatados, no pudo ahorrarse un gesto de suficiencia.

—Ved. Los tartesios han vencido y nosotros teníamos razón.

—¿Razón? —Varios de los tirios se revolviéron, picados; porque ellos habían hecho lo imposible para que los gaditanos apoyasen a los rebeldes—. Si Gadir hubiera hecho algo, puede que esta batalla hubiera tenido un final distinto.

Magón se encogió de hombros. Cierto era que los fenicios habrían ganado mucho con un descalabro del imperio tartesio y, por tanto, del aflojar de ese control férreo que ejercía sobre las minas y el comercio con el interior. Replió:

—Quizás. ¿Pero qué pasa con los riesgos?

—Sin riesgos no hay ganancia.

—Ya. —Se acarició la barba, espesa y muy negra—. Pero, como ya se os ha explicado mil veces, tomar partido por los rebeldes era apostar con la existencia misma de Gadir. Jugárselo todo por ganar un poco más. Y eso es una locura. Nuestras relaciones con Tartessos son complicadas y ya tontea bastante Argantonio con los griegos, sin necesidad de que apoyemos con nuestros barcos y soldados a sus enemigos.

—Sin embargo, opinamos que...

—Conocemos de sobra vuestra opinión. Pero los ancianos tomaron en su momento una decisión y ya está todo hecho.

Señaló con la diestra a los muertos, zanjando la discusión con escasa cortesía. Pero es que Magón no sentía gran aprecio por hombres como esos, dispuestos siempre a

arriesgarse con vidas y bienes ajenos. Hastiado de todo aquello, volvió de nuevo la mirada al campo ensangrentado.

Sus ojos fueron vagando entre matas rotas y cuerpos caídos hasta fijarse, de lejos, en un hombre de cabellos blancos y fastuoso manto rojo, al que rodeaba una muchedumbre de guerreros armados hasta los dientes. Por donde pasaba, los hombres se volvían y le aclamaban con delirio, al tiempo que jefes y reyezuelos acudían ligeros a postrarse a sus pies, para recibir su bendición.

—Argantonio —anunció el gaditano, ahora solemne—. Miradle, mirad bien para que podáis decir, de vuelta a Tiro, que habéis visto con vuestros propios ojos al rey de Occidente.

Todos se detuvieron para contemplar callados cómo aquel hombre legendario vagaba entre los muertos, con el manto rojo alborotado por el aire de la tarde. A veces se paraba ante los muertos apilados e incluso removía con su báculo, como si buscara a alguien en concreto. Magón, desde tan lejos, comprendió enseguida a quién andaba buscando; aunque, por antipatía, nada explicó de todo eso a sus compañeros.

Porque había sido en aquella parte del campo donde, viendo la batalla apurada y que sus aliados cedían y se retiraban con sus contingentes guerreros, el caudillo de los rebeldes había empuñado sus armas para lanzarse en persona al combate, en un esfuerzo por cambiar el signo de la lucha. Allí había muerto y no solo, porque gran número de hombres habían caído a su lado y muchos otros lo habían hecho después, tratando de rescatar su cadáver.

Por eso a los tartesios les costó encontrar el cuerpo, tapado por muertos caídos los unos sobre los otros. Sin embargo, tras tanto buscar, cuando por fin los nobles de su guardia pudieron mostrárselo con un gran clamor, el amo de Tartessos tan solo se apoyó en su báculo y, acariciándolo-

se la barba, estuvo contemplando en silencio el rostro de su enemigo.

Una nube negra cruzó entonces por delante del sol y todo se volvió oscuro de repente. Muchos alzaron la vista y no pocos quisieron ver algún tipo de señal en aquel suceso. Pero luego el cielo se abrió, el sol de última tarde lo barnizó todo de reflejos melancólicos, oro viejo, fue como si no hubiera pasado nada y casi todos lo olvidaron. Argantonio, como el que espanta algún mal sueño, se volvió hacia sus guardias.

—No le dejéis ahí tirado, como si fuese un cualquiera.

Los hombres se apresuraron a fabricar unas andas con lanzas y escudos, y a depositar sobre ellas el cuerpo manchado de polvo y sangre. El viejo rey le echó otra larga ojeada, aún apoyado en su báculo.

—Soltad a los prisioneros. La guerra ha acabado. Que cada cual vuelva a su casa.

—¿Y sus jefes?

—Dejadlos ir a todos sin excepción, y que se lleven a sus muertos para darles una sepultura decente.

—Pero tanta generosidad, amo, es como invitarles a nuevas revueltas —objetó uno de sus consejeros.

—Para rebelarse, no necesitan excusa alguna. —Sonrió sin humor—. No podemos impedir que los jefes se alcen en armas, así que hagamos más fácil que las depongan ante la derrota. Si los degollamos o los vendemos a los fenicios, la próxima vez lucharán como fieras, hasta el último hombre.

—Pero hay que imponerles un castigo o se tomarán esto como muestra de debilidad.

—Matar no es el único castigo. Tampoco con frecuencia el mejor. Subid los impuestos a los magnates y poblados rebeldes, y multad a las sociedades guerreras que hayan luchado contra nosotros. Eso sí: si alguno se resiste a pagar, que no os tiemble la mano.

—¿Y él, amo? —Uno de los guerreros de la escolta señaló con su espada al cadáver que yacía sobre las andas.

—Confiscad todos sus bienes. Que se respete la vida de sus parientes, todos. Desde este momento están bajo mi protección y pobre del que toque a alguno de ellos. Sin embargo, se les dispersará entre otras familias, de forma que aquí se acabe su linaje.

Hizo una pausa muy larga, siempre apoyado en su báculo, para contemplar de nuevo al cadáver.

—En cuanto a él, enterradle como al grande que fue. Pero lo mismo que aquí acaba su estirpe, desde este momento carece también de nombre. Yo se lo quito. A eso le condeno. —Dio la espalda al cadáver y ese simple acto fue, a ojos de los presentes, como una maldición irrevocable—. Que no falte de nada en su tumba: ni armas, ni joyas, ni comida. Pero ni imágenes suyas ni inscripciones. De hoy en adelante, si alguien se atreve a pronunciar su nombre, no importa quién sea o por qué, matadle en el acto.

1

† 9 ◊ † 4 † †

Al anochecer, Alongis, que estaba de guardia, se encontró durante la ronda con el viejo rey. Le vio llegar por el pasadizo, entre un enjambre de guardias, consejeros, concubinas, y no pudo evitar un escalofrío, un nudo en el estómago, como el que debe de sentirse en presencia de un dios. Porque Argantonio era demasiado sabio y demasiado poderoso, y había vivido demasiados años.

Luces de aceite en vasos de barro ardían a lo largo de aquel pasillo de piedras ciclópeas, alumbrando con resplandor amarillento. A los claroscuros que temblaban sin cesar, la comitiva iba avanzando muy despacio, al paso del rey. Vestía este manto rojo púrpura, largo y holgado, con un gran pectoral de oro en forma de aspa, y ocultaba el rostro tras su fabulosa máscara de toro, forjada en oro y bronce. Los cuernos, largos y curvados hacia arriba, le convertían en un gigante entre sus cortesanos, pese a que se apoyaba en el báculo y sus andares eran tan trabajosos como los de un hombre muy enfermo.

La máscara prestaba ecos extraños a su voz y sus consejeros asentían reverentes ante cualquier comentario suyo, antes de tomar a su vez la palabra. Eran todos tartesios: magnates de modales reposados que lucían cantidades enormes de oro —pectorales, brazaletes, coronas— que daban fe de su rango. No menos ornados iban los guardaespaldas, hombres devotos juramentados para no sobrevivirle, o sus mujeres, cubiertas con alhajas de pies a cabeza. Símbolos todos del poder y la riqueza del rey.

Alongis, un simple mercenario extranjero, se arrodilló al paso de la comitiva. Argantonio volvió hacia él la cabeza, haciendo resbalar destellos de luz sobre los metales de su máscara. No fue más que un vistazo, un instante, que para Alongis resultó casi eterno. Pero enseguida el viejo rey apartó de él su atención, absorto como estaba en la conversación con sus consejeros. Alongis sin embargo siguió cavilando sobre ese encuentro durante toda la guardia y aún seguiría haciéndolo al acabar y marcharse a través del dédalo de patios, galerías y estancias que formaban el palacio de Argantonio.

Todo estaba ya desierto a esas horas, silencioso al resplandor de lámparas y teas, y cada uno de sus pasos arrancaba cascadas de ecos a lo largo de los pasajes de piedra, causándole no poca desazón. Nada más fácil que toparse con el rey en su propio palacio, sobre todo a la caída de la noche, porque con la vejez extrema había perdido el sueño y solía deambular por la fortaleza a horas intempestivas. Sin embargo, el soldado, que era harto supersticioso, sentía como si esa vez hubiese sido de alguna forma distinta; como si los ojos cansados de Argantonio le hubiesen hurgado en el interior, arrancándole sus secretos y dejándole a cambio solo inquietud.

Rumiando tales ideas, bastante estrafalarias, salió de palacio y cruzó el cuerpo de guardia, formado esa noche por mercenarios libofenices, para dirigirse a la ribera. Tuvo que prestar entonces mayor atención a por dónde pisaba, por-

que estaba muy negro allí fuera y apenas se distinguía nada al brillo de las estrellas. Pero enseguida se animó un tanto, al distinguir al pie del agua el resplandor de una antorcha.

En la orilla, tal como habían convenido, aguardaban ya sus dos parientes, Sembeles y Deuso —dos hombres grandes y barbudos, de mantos negros y espadas pendientes de tahalíes—, así como un tartesio flaco y desnudo, que era el que sostenía la tea.

Los tres parientes se saludaron de forma efusiva, entre pullas y palmadas en la espalda. Embarcaron todos en la piragua del tartesio y no tardaron en verse navegando en mitad de las tinieblas. El tartesio, a popa, manejaba el remo con la destreza de toda una vida, sin apurarse, de forma que el bote se deslizaba sobre las aguas nocturnas con un susurro casi sedante. Aquí y allá resonaba cada cierto tiempo el chapuzón de un pez al saltar y, de vez en cuando, ululaba algún ave nocturna. Pero, por lo demás, todo era silencio. La noche del delta era cálida, calma, saturada de una humedad sofocante.

—Este año, el verano viene adelantado —comentó en la oscuridad Sembeles, que tenía unos pocos años más que los otros dos.

Deuso convino en eso, en tanto que Alongis, que llevaba poco en esas tierras, no dijo nada. En la quietud de la noche, se oían respirar unos a otros. Una infinidad de estrellas titilaban sobre sus cabezas y las islas se perfilaban contra esa bóveda de luces como siluetas negras e irregulares. Dispersas por la negrura, veían el arder de las hogueras de vigía, encendidas en lo alto de atalayas ribereñas. Y el botero, guiado por esos fuegos, enmendaba de tanto en cuanto el rumbo, con un golpe de pala, buscando enfilear la isla de los Alfareros.

—Es tarde. Seguro que ya ha comenzado el banquete —supuso Deuso, más que nada para romper el silencio.

—Bah —se burló Sembeles—. ¿Y quién quiere ser de los primeros en una fiesta?